

# Megan Maxwell

**Niyomismalósé**



# *Niyomismalósé*

*Megan Maxwell*

Esencia/Planeta

© Megan Maxwell, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.esenciaeditorial.com  
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023  
ISBN: 978-84-08-27629-6  
Depósito legal: B. 13.452-2023  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.  
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## *La boda*

*Venecia, 23 de marzo de 1995*

—¡Nora! —gritó Valeria desde la planta inferior de la casa—. El fotógrafo ya está aquí. Baja para que podamos hacernos las fotos antes de que a papá se le hinchen más los ojos de tanto llorar.

En la habitación superior Chiara y la novia hablaban sin parar.

—¿Qué hago, Chiara? —preguntó Nora a su amiga y cuñada, que la miraba con cara de circunstancias—. ¿Me pongo los pendientes de mamá, o los que me regaló Loredana?

—Si yo fuera la novia, y tuviera la madre que tú tienes, me pondría los de tu madre sin dudarlo —respondió mirándola a los ojos—. Pero hoy la novia eres tú, y no quisiera tener nada que ver con tu decisión respecto al rottweiler.

—¡No me estás ayudando mucho! —se quejó nerviosa—. ¿Quieres dejar de comer torrijas? Vas a explotar.

—Muy bien —dijo la otra con una sonrisa mientras apartaba el plato—. Ponte los de Susana y al rottweiler que le den.

—No digas eso —contestó Nora riendo.

Sabía que su futura suegra era un auténtico perro de presa. Siempre estaba al acecho para reprenderlas y dejarlas en evidencia delante de sus hijos o de cualquier persona. En ese momento se abrió la puerta de la habitación.

—¡Pelirroja, estás preciosa! —gritó a Nora su hermano Luca, que entró como un torbellino.

—Gracias, hermanito —dijo ella, y sonrió al verlo tan guapo y elegante con aquel traje gris marengo.

—¡Verás cuando la vea Giorgio! —exclamó Chiara orgullosa.

—Ese relamido ambicioso... —se mofó Luca—. ¡Babeará!

—No lo llares así. ¿Por qué siempre estás con esas cosas?

—Porque cuando lo veo tan perfecto, tan serio, tan conjuntado, tan engominado, la palabra que me viene a la mente es *relamido*. ¡Y no digamos la madre!

—¡Uf!, no me tires de la lengua, Luca —ironizó Chiara, y ambos hermanos sonrieron.

—Ya sabes, hermanita, que habría preferido un hombre diferente para ti. Uno un poco más sonriente, más cariñoso. —Nora hizo un puchero intencionado. La relación entre Luca y Giorgio no era todo lo fluida que a ella le habría gustado, pero aun así se respetaban—. Pero, tranquila, pelirroja, más le vale que te trate bien porque, si no, se las verá conmigo esté donde esté.

—¡Fuera de aquí ahora mismo, *macarroni*! —gritó Chiara echándolo de la habitación.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Nora con inocencia cuando Luca ya se había marchado.

—Le ha salido la vena *macarroni* italiana, ¡nada más! —puntualizó Chiara con una amplia sonrisa—. Volviendo a nuestra conversación, cuando conocimos a Enrico y Giorgio teníamos dieciséis años, y ya le parecíamos poca cosa a la bruja de su madre. Ahora tenemos veinte y seguimos sin gustarle. Pero ¿sabes lo peor de todo? Que todavía no te has dado cuenta de que cazarle con uno de sus machitos es cargar con ella para los restos.

—Mirándolo así, me parece terrible.

—Lo terrible es que no vayáis de viaje de novios a donde tú siempre habías soñado por culpa de ella.

—Sintra... —Suspiró al recordar el viaje idílico que pensaba haber realizado a Portugal para visitar por fin el palacio da Pena.

—Sí, Sintra —repitió Chiara—. ¿Por qué te has dejado convencer? Eres demasiado buena con Giorgio y, sobre todo, con el rottweiler.

Nora se encogió de hombros. Estaba enamorada.

—No quiero poner a Giorgio entre su madre y yo. Loredana está delicada del corazón. Ya iremos: Giorgio me lo ha prometido. Quizá este pequeño sacrificio mío haga que ella me vea de otra manera.

—¡Lo llevas claro! —soltó Chiara—. Yo seré siempre la peluquera que engañó a su hijo quedándose embarazada.

—Y yo seré siempre la hija del gondolero.

Ese comentario despectivo que su suegra hacía en ciertas ocasiones la molestaba, pero callaba por amor a Giorgio.

—Por cierto, ¿qué pasó con el juicio de Enrico? —preguntó Nora.

—Tiene, o mejor dicho, tengo que pagar veinte mil liras, ¡eso sí!, sin que se entere su maravillosa madre. ¡Si ella supiera! —Suspiró antes de cambiar de tema, pues el de Enrico y el juego lo odiaba—. Nora, sé que adoras a Giorgio y él te adora a ti, pero ten presente que el rottweiler no os lo va a poner fácil. Solamente te pido una cosa —añadió tocándose su abultado vientre—: cuando sea vieja como la bruja, no me dejes ser como ella. Si soy así méteme en una habitación sin ventanas, cierra la puerta y tira la llave.

—Tú nunca serás así, boba —dijo Nora con cariño. Y tocándole la barriga se agachó y susurró mientras sonaba en la radio la canción *Più Bella Cosa* de Eros Ramazzotti—: No te preocupes, pequeño. La tía Nora no dejará que tu madre se convierta en un perro de presa.

En ese momento se abrió la puerta. Era Susana, su madre,

quien con una tierna y preciosa sonrisa se acercó hasta su hija menor y la miró detenidamente.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó—. ¡Estás preciosa, cariño! —Pero al ver sus ojos le preguntó—: ¿Ocurre algo?

—Hablábamos sobre qué pendientes debería ponerse, ¿los tuyos, o los que le regaló Loredana? —la informó Chiara. ¡Qué habría sido de ella sin esa familia!

—Estás encantadora con ese vestido, Chiara —dijo la mujer con cariño a la muchacha, a la que quería como a una hija más. Y volviéndose hacia Nora añadió—: Te has de poner los que tú quieras, mi amor.

—Ese es el problema, mamá. Quiero agradaros a las dos.

—¡Ponte uno de cada! —bromeó Chiara mientras encendía un cigarrillo, que rápidamente Susana le apagó.

—Hermosa, ya te he dicho que en tu estado no fumes —la regañó esta. Luego miró a su hija—. Los que te regaló tu suegra son muy bonitos. Póntelos. Los míos ya los lucirás en otra ocasión.

Entonces entró Valeria, la hermana de Nora. Estaba preciosa con su vestido color miel.

—Mamá, o bajáis ya o a papá le dará un infarto. El fotógrafo nos ha hecho fotos a todos, pero faltáis vosotras. —A continuación se dirigió a su hermana, que estaba bellísima con su traje de organdí y tul blanco, y murmuró—: Nora, ¡estás que quitas el hipo!

—Gracias, Valeria —dijo la novia sonriendo.

Valeria era su hermana mayor. Llevaba casada varios años con Pietro, un maravilloso y simpático vendedor de electrodomésticos que la adoraba por encima de todas las cosas. Según Nora, mirar a Valeria y a Pietro era como mirar a sus padres. El amor se traslucía en sus ojos, en sus sonrisas e incluso en sus escasas discusiones. Llevaban años intentando tener hijos, pero la Providencia no los favoreció, por lo que tanto Valeria

como Pietro se desvivían por sus sobrinas Lidia y Luana, hijas de su hermano Luca.

—Por cierto —recordó Valeria al mirar a su madre—, ha llegado la tía Emilia.

—¡Santísimo Cristo de la Vega! —soltó Susana, que conocía bien las excentricidades de su hermana—. No pensaba que vendría.

—¡Qué bien! —Nora se regocijó y le guiñó el ojo a Valeria.

Adoraba a su tía Emilia. Era la hermana menor de su madre, tenía cuarenta años, y lo que más le atraía de ella era su alegría y su manera libre de vivir, tan diferente a la de su madre.

—¡Tengo un cotilleo! —declaró riendo tímidamente Valeria—. La tía viene acompañada de un novio de lo más mono. Se llama Brian.

—¡Bendito sea Dios! —gritó Susana.

Conocía a su hermana y siempre había sido especial en lo referente a los novios. Le daba igual que fueran demasiado jóvenes o demasiado mayores.

—Me temo lo peor. ¡Veamos con quién ha venido la loca de tu tía! —gruñó Susana, que cogió a su hija Valeria de la mano—. Nosotras vamos bajando, y a vosotras os quiero abajo en dos minutos. *Capisci?*

—*Capisco*, mamá. No tardaremos.

—Bueno, ¿qué pendientes te pondrás? —preguntó Chiara.

—Estos. —Nora sonrió mientras cogía unos pendientes y comenzaba a colocárselos—. Me pondré los de mamá, y lo que piense, diga o gruña el rottweiler me da igual.

—Buena elección, ¡con un par! —aprobó con una sonrisa Chiara, y encendió un nuevo cigarrillo que esa vez apagó Nora.

El jaleo en la casa de los Cicarelli era increíble: los niños no paraban de correr de un lado para otro; el tío Humberto reía, y su risa retumbaba en toda la casa; Luca, junto a su mujer, Verónica, hablaba con el primo Tiziano de su fabuloso coche

nuevo, un BMW rojo; entretanto, Giuseppe, el padre de la novia, esperaba ansioso a su niña. De pronto sonó un suspiro colectivo cuando Nora hizo su aparición.

—*Mamma mia!* Mi niña está preciosa —comentó Giuseppe, que cogió a su pequeña por la cintura mientras una lagrimita comenzaba a asomar a sus ojos azabaches.

—Gracias, papá, tú también estás muy guapo —le dijo ella sonriendo—. Pero, papá, contrólate, no empieces a llorar.

—Papá, papito... —Valeria abrazó a su padre llorón—. No llores; piensa en lo feliz que se siente Nora.

—Ya sabes que es imposible —intervino riendo Chiara—. Recuerda mi boda.

—Es de alegría —dijo él a la vez que sonreía al verse rodeado por sus hijas y su mujer, las más guapas del mundo según él.

Siempre había presumido de Valeria, una morena de ojos negros; Nora, una pelirroja de ojos verdes; Susana, su rubia y adorada mujer, y por último Chiara, una alocada y desprotegida niña rubia que un día, cuando tenía diez años, había aparecido en sus vidas y, gracias a su maravilloso carácter y a lo cariñosa que era con todos, pronto había pasado a formar parte de aquella gran familia italiana.

Susana lo observó con cariño, se acercó hasta él y le dio un beso en los labios.

—¿Me dejarás llorar a mí en esta boda? —le preguntó mirándolo directamente a los ojos, y todos se echaron a reír.

—Ven un momento, Nora —llamó Giuseppe a su hija menor. Y apartándose unos metros del resto susurró—: Hija, aquí siempre serás bien recibida. Esta es tu casa.

—Ya lo sé, papá. —Nora esbozó una sonrisa al contemplar su tremenda cara de bonachón—. ¿Por qué me dices eso?

—Porque quiero que sepas que nosotros siempre estaremos aquí para cuidarte, y si te digo esto es porque los jóvenes de hoy a veces tenéis la cabeza un poco alocada, aunque sé que tú

eres muy responsable. —Luego dijo con picardía—: Y ya sabes que esa suegra napolitana que tienes no me gusta nada. Nunca me han gustado los napolitanos.

—¡Papá! —exclamó ella en tono festivo. De todos era conocido que su padre y su suegra no se aguantaban.

—Hija, ya sabes lo que pienso de los napolitanos, y mira por dónde te vas a casar con un chico de madre napolitana. Claro que solo tienes que mirarla a los ojos para ver que el veneno sale por sus lagrimales.

—¡Basta ya de esas tonterías! —lo regañó Susana—. ¿Cómo puedes decirle a la niña cosas así en un momento como este?

—Porque los napolitanos son raros; algo de locura corre por sus venas —respondió él tocándose los bigotes. Y volviendo a mirar a su hija repitió—: Nunca olvides que siempre, toda nuestra vida, estaremos aquí para lo que necesites, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papá —aseveró gozosa, abrazando a sus maravillosos padres justo en el momento en que sus ojos se encontraron con los de su tía Emilia.

Emilia era la impetuosa hermana menor de su madre. Eran como la noche y el día. Ambas habían sido criadas en Toledo por unos padres estrictos que nunca habían conseguido domar a Emilia, quien era todo locura, diversión y desorden, claramente opuesta a la tranquilidad, cordura y orden de su hermana. Emilia era alta y pelirroja, genes que Nora había heredado, mientras que Susana era rubia y de estatura media. Emilia odiaba los compromisos, y Susana era todo familiaridad. En fin, hermanas, pero con poco en común.

—Mi pequeña sobrina —dijo con alegría Emilia, acercándose a ella.

Se adoraban. Se parecían físicamente, y eso les gustaba a ambas. Emilia, de regalo de bodas, le había comprado una cámara de fotos Canon, una joya que Nora había apreciado mucho. ¡Le encantaba la fotografía!

—¡Dios mío, Nora, eres una novia preciosa! —dijo cogiéndola del brazo para apartarla del grupo—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, tía. Segurísima. Me casaré con Giorgio para toda la vida.

Tras gesticular, Emilia finalmente murmuró:

—Vive el presente, Nora; el futuro, Dios dirá. Solo quiero que disfrutes, que nada te impida hacer lo que desees. —Y tras ver que nadie la escuchaba, encendió un cigarrillo y añadió—: Además, para mi gusto, ese futuro marido tuyo es demasiado estirado. ¿Te hace feliz en la cama?

—No lo sé todavía, tía.

—¡Nora, qué error! —exclamó Emilia clavándole aquellos espectaculares ojos verdes tan parecidos a los suyos—. Sé que lo que te voy a preguntar a tu madre la escandalizaría, pero ¿me estás diciendo que nunca te has acostado con él?, ¿que nunca habéis retozado desnudos una tarde de domingo?

—Ni con él ni con nadie. Tía, Giorgio y yo decidimos esperar a estar casados. Creemos que es algo muy especial, de lo que debemos disfrutar después de nuestra ceremonia eclesiástica.

—¡Qué absurdo! Seguro que esa idea te la ha metido la puritana de tu madre en la cabeza.

—No, tía. Es algo que decidimos nosotros.

—Y si resulta que cuando hagáis el amor no te gusta, ¿qué pasará entonces? ¿Dedicarás el resto de tu vida a alguien que no te satisfice?, ¿te harás monja?

—¡Tía, por Dios! —soltó riendo Nora—. Estoy segura de que seremos muy felices. No te preocupes, ¿vale?

Emilia, al ver la pureza de aquella jovencita de veinte años, sonrió.

—Tienes razón, tesoro —afirmó, y expulsó el humo. ¡Era tan joven e inexperta!—. Espero que seas la mujer más feliz del

mundo. Pero quiero que me prometas una cosa. Intenta ser una mujer de mente abierta y nunca te niegues la felicidad. La vida solo se vive una vez, ¿de acuerdo? —Nora asintió. En ese momento Emilia llamó a un muchacho algo mayor que su sobrina y dijo—: Este es Brian, mi pareja. Nos vamos pasado mañana a Egipto. Ya sabes, Nefertiti, Neferura y compañía —comentó entre risas—. Hemos decidido vivir durante unos años allí. Brian es arqueólogo, y nos proponemos ayudar en las excavaciones de una nueva tumba que se ha descubierto. Por lo tanto, hemos empaquetado el disco de *Imagine* de Lennon, y nos vamos.

—¡Qué emocionante! —aseguró Nora observando cómo se miraban aquellos dos. Giorgio nunca la miraba así.

—Gracias por invitarme a tu boda —le dijo aquel chico en un español chapurreado mientras agarraba por la cintura a Emilia.

—De nada —contestó alucinada al mirar a quien su tía había llamado «mi pareja». ¡Pero si ese chico podía ser más su novio que el de su tía! ¿Cuántos años podría tener?, ¿veinticinco o veintiséis?

—Te dejamos, cariño —intervino Emilia sonriendo mientras, agarrada del brazo de Brian, ambos andaban hacia la puerta—. Me apetece escandalizar un poco a la tía Gregoria, así cuando vuelva a Toledo tendrá algo emocionante que contar. ¡Vamos, Brian! Quiero presentarte a mi familia española.

—¡Un momento, pelirrojas! —gritó Luca acercándose hasta ellas. Siempre las llamaba así—. Quiero que Nora estrene su nueva cámara de fotos. Haznos una foto, hermanita. ¿Quién sabe? Quizá algún día esta foto te sirva para algo.

Nora sonrió. Su hermano Luca y su tía eran geniales.

—Cojamos una copa para brindar por la prosperidad de nuestra Nora —propuso Emilia abrazada a su sobrino. Y mirando a Nora, chilló—: ¡Porque no dejes escapar la felicidad y seas siempre muy dichosa!

—Y porque vivas y dejes vivir —acabó Luca en tanto Nora inmortalizaba aquel momento muerta de risa.

Segundos después el grupo se dispersó.

—¡Uf!, Emilia se ha superado —dijo Chiara riendo al verla alejarse—. Creo que Susana esta vez le dejará de hablar para siempre. Esto supera la ocasión en que la pilló fumando marihuana mientras escuchaba *Imagine*.

—¡Vaya con la tía Emilia! Nunca dejará de sorprenderme —manifestó Luca alegremente junto a ellas—. ¿Has visto la cara de mamá cuando se ha enterado de que Brian es su novio?

—Te digo yo que hoy le da algo a tu madre —murmuró Chiara al ver cómo Susana miraba a su hermana a la vez que Giuseppe le tendía una tila.

—¿Creéis que ella le puede gustar a él? —preguntó Nora—. ¿No os parece que es demasiado joven para ella?

—¿Por qué dices eso? La tía Emilia es un bombón de mujer. Es guapa, lista, divertida y sexy. Es una mujer que sabe lo que quiere y lo vive a tope —respondió Luca, cuyos pensamientos siempre eran muy sensatos—. Hermanita, cuando uno madura tiene el poder de decidir cómo y con quién quiere pasar su vida, y es tan lícito equivocarse como acertar en el amor. Si ella es feliz con Brian, y ambos no hacen daño a nadie, ¿por qué no permitírsele? ¿Por qué dejar pasar la oportunidad de ser feliz?

—¡Ay, hermoso! Eso no está bien —contestó Susana acercándose a sus hijos—. Es escandaloso, amoral y una falta de respeto a todos nosotros. Qué pensarán nuestros invitados.

—Mamá, no seas antigua —la regañó Luca abrazándola—. No me gusta cuando reaccionas así. ¿Por qué la tía Emilia acepta tu vida, y tú no la de ella? Tan valiosa es una como la otra. Sé positiva. La tía no está haciendo ningún daño a nadie. Además, tiene un estupendo lema que me enseñó hace años: «Vive y deja vivir». Ella es así. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarla?

—Porque es una inconsciente. Viene aquí con ese..., ese... novio —dijo nerviosa— y no piensa que esto será la comidilla de la boda. ¡Qué vergüenza! ¡Mírala! —Señaló a una radiante Emilia del brazo de Brian, quien le contaba algo a tía Gregoria, y por su cara no debía de estarle gustando mucho—. Ahí la tienes, paseándose ante todos del brazo del crío ese. ¡Me va a dar algo!

—Mamá, te quiero mucho —declaró Luca antes de alejarse, pues no soportaba esa faceta de su madre—, pero cuando te oigo decir tantas tonterías, ¡uf!...

—Mamá, tranquila —suplicó Nora al ver como se marchaba su hermano—. Si tú no estás bien, yo tampoco lo estaré.

Tras las correspondientes fotos de la novia con el padre, la madre, los hermanos, los tíos, la abuela, los sobrinos, las amigas, etcétera, Nora subió al coche nuevo de su hermano Luca, quien los llevó hasta el embarcadero donde su padre y sus tíos tenían atracadas las góndolas. Tras subirse en la de su padre, *La Serenata*, partió mientras era seguida por varias góndolas donde viajaba el resto de la familia, y juntos llegaron hasta la impresionante iglesia de San Giorgio Maggiore, donde años atrás se habían casado sus padres. Desde pequeña siempre había fantaseado con casarse en aquella preciosa iglesia. Su madre solía contar que allí fue donde conoció a su padre, Giuseppe, cuando admiraba las columnas corintias en su viaje de fin de carrera.

Al entrar en la iglesia del brazo de su padre vio en el fondo, esperándola con una bonita sonrisa, a Giorgio, el hombre más increíble y guapo que había conocido en su vida, y junto a él a Loredana, que la miró con una sonrisa prefabricada. Pero la sonrisa de Giorgio eclipsó la mirada de su suegra, y juntos, ante una de las obras maestras del Renacimiento veneciano, *La última cena* pintada por Tintoretto, se juraron amor eterno.

Aquella misma noche, a las dos de la madrugada, tras despedirse de todos, se embarcaron en un viaje que los llevaría a pasar unos días en Palma de Mallorca —el viaje a Sintra ya se haría en otro momento—, donde disfrutaron de una maravillosa luna de miel; a su vuelta les sorprendió saber que Nora estaba embarazada. ¿Qué más se podía pedir?